

ahí mi obispado y la intendencia que mi delicadeza me ha hecho tomar. Cesad de chancearos, le dijo el Santo sonriendo ; porque vos sereis un dia obispo, y sufrireis muchos trabajos y aflicciones. Pero si quereis evitarlos, no salgais de vuestra soledad ; puesto que mientras permaneciereis en ella, nadie podrá consagraros obispo. »

En pocos años experimentó la verdad de esta profecía : porque, al cabo de tres años, viéndose amenazado de hidropesia, consintió que le enviasen á Alejandria, desde donde, por aviso de los médicos, pasó á Palestina y luego á Bitinia, en donde fué hecho obispo de Helenópolis. Encontróse en seguida envuelto en la persecucion que sufrió San Juan Crisóstomo, y estuvo once meses oculto en un cuarto muy oscuro. Entonces se acordó que este gran profeta le habia predicho las penas que padecia.

Sin embargo el Santo, queriendo animarle á sufrir con paciencia su soledad, le dijo que hacia cuarenta años que vivia encerrado en la suya sin haber visto jamás á muger alguna, ni una pieza sola de moneda, ni siquiera ver comer á nadie.

Paladio volvióse en seguida á Nitria, en donde contó á Evagrio y á los otros cinco lo que habia visto de este hombre admirable, y les inspiró con su relacion un deseo más ardiente de ir tambien ellos á verle, lo cual hicieron dos meses despues. A su vuelta, contaron á Paladio lo que habia pasado en su visita ; pero él no lo insertó en su historia.

Capitulo II.

Poco más ó menos por el tiempo de la visita de Evagrio (Vit. pp. 12, c. 1), Rufino, ó como otros creen, San Petronio, que habla por la pluma de Rufino, se fué al Santo con otros seis, para edificarse junto á él. Fueron recibidos con

demostraciones de ternura y de una caridad verdaderamente cristiana. Como era costumbre entre los solitarios de Egipto hacer la oracion antes de comenzar su conferencia, suplicaron al santo viejo que tuviese á bien hacerla y darles su bendicion. Él les preguntó si entre ellos habia algun eclesiástico á lo cual respondieron todos que no.

Entonces el Santo considerándoles atentamente á los unos despues de los otros, cuando llegó al más jóven, dijo, mostrándole con el dedo : Este es diácono. Éralo en efecto ; pero no lo habia dicho sino á uno de la compañía en quien tenia mucha confianza, escondiendo por humildad su carácter por no parecer que superaba en dignidad á aquellos hombres santos á los que se reconocia muy inferior en mérito. Persistió, pues, en negarlo ; pero San Juan le tomó por la mano, se la besó y le dijo : « Guardaos, hijo mio, de desconocer la gracia que habeis recibido de Dios, por miedo de que un bien no os haga caer en un mal y la humildad en la mentira ; porque no hay que mentir jamás, no solo con mal fin, pero ni siquiera bajo pretexto de un bien ; porque la mentira no procede de Dios sino de una mala causa, como nos lo enseña el Salvador (Matth. 5). » El diácono, instruido con esta dulce amonestacion, no se obstinó ya en encubrir la verdad y confesóla con su silencio.

Despues que hubieron hecho la oracion, uno de los hermanos, que sufría mucho de tercianas, rogó al Santo que le curase. Él le respondió que pedia ser curado de una incomodidad que le era útil ; puesto que las almas son purificadas por las enfermedades, como con la sal son limpiados los cuerpos. Sin embargo no dejó de bendecir el aceite, con el que frotándose el enfermo, recobró la salud y estuvo en estado de volver á pié al lugar destinado para alojarse él y sus compañeros.

El Santo recomendó que fuesen allí tratados segun las reglas de la hospitalidad cristiana, y despues que se hubie-

ron aprovechado de su caridad con el alimento del cuerpo, volvieron á él con diligencia para que les diese el del alma. Recibiélos nuevamente con la misma demostracion de ternura que si hubiesen sido sus propios hijos. Obligóles á que se sentaran y les preguntó de dónde venian y cuál era el objeto de su viage. Respondieron que venian de Jerusalem para ser testigos oculares de lo que la fama les habia dado á conocer, puesto que lo que uno ve con sus propios ojos se graba mucho más profundamente en el espíritu que lo que solo se sabe de oidas.

Hízoles entonces el siguiente largo discurso, del cual dice Rufino que no cita más que una parte, pero que encierra una excelente moral y máximas muy interesantes para la vida espiritual :

« Queridos hijos míos, les dijo, yo me admiro que hayais querido hacer un tan largo camino, puesto que nada podríais hallar en nosotros, viéndonos, que merezca tomarse esta pena. Porque nosotros somos hombres débiles é imperfectos y que nada tenemos que sea digno de ser buscado ó admirado. Pero aun cuando tuviésemos cualidades que pudieran responder á la opinion que de ellas habeis concebido ; qué seria esto en comparacion de lo que podeis aprender de los profetas y apóstoles en las sagradas Escrituras, que se leen en todas las iglesias de Dios, á fin de que los hombres no se vean obligados á ir á buscar en paises extranjeros y en provincias lejanas los ejemplos en los cuales deben modelar su vida, sino que cada uno encuentre en su casa y en sí mismo lo que debe esforzarse en imitar ? He ahí la razon por la cual yo no puedo admirarme bastante de que por el deseo de adelantaros en la virtud hayais con tanta pena y fatiga atravesado muchas provincias y sufrido tan grandes trabajos, sabiendo que nuestra pereza y abandono es tal que no osamos siquiera salir fuera de nuestras celdas. Pero ya que estimais que hay algo en nosotros,

de que podeis sacar utilidad, debo empezar por advertiros que os pongais en guardia, no sea que en este mismo hecho de veniros á ver y de sufrir con este objeto tan grandes incomodidades, se mezcle algun pensamiento de vanidad, y de este modo no tanto seais llevados por el deseo de adelantar en la virtud cuanto por el de levantaros sobre los otros, gloriándoos de haber visto á aquellos á los que ellos no conocen sino por relacion de otros.

« La vanidad es un pecado tan grande y tan peligroso que es capaz de hacer caer las almas de lo mas alto de la perfeccion ; y por esto yo os exhorto á evitarlo más que ningun otro. Hay dos clases de vanidad : unos se dejan llevar de ella inmediatamente despues de su conversion cuando, habiendo hecho alguna penitencia ó repartido algunas limosnas, en vez de creer que solamente se han descargado de una carga que les era inútil, se imaginan ser más perfectos que aquellos á los que han hecho bien. La otra especie de vanidad se ve en aquellos que, habiendo alcanzado una elevada virtud, no dan por ello todo el honor á Dios sino que atribuyen una parte á sus trabajos y á su celo, y de este modo, buscando la gloria que viene de los hombres, pierden toda la que viene de Dios. Por esto, hijos míos, huyamos hasta en lo más mínimo del pecado de la vanidad, por miedo de que no nos haga caer de la misma manera que hizo caer al demonio.

« Tambien hay que velar muy atentamente sobre nuestro corazon y nuestros pensamientos, á fin de impedir que ninguna pasion, ningun deseo desordenado, ningun vano apetito y ninguna otra cosa de lo que no sea segun Dios, eche raices en nuestro corazon, puesto que de las raices nacen pronto mil distracciones tan enfadosas é importunas que, ni siquiera cesan cuando oramos, y no tienen vergüenza de continuar cuando nos hallamos en la presencia de Dios y le dirigimos súplicas para nuestra salvacion, sino

que arrastran nuestro espíritu como si fuese cautivo, y aun cuando por la apariencia de nuestros cuerpos parezca que estemos firmes é inmóviles en la oracion, nuestros sentidos y nuestra imaginacion nos hacen errantes y vagabundos, y nos llevan hácia otros objetos. No basta, pues, el haber renunciado con la boca al siglo y á las obras del príncipe del siglo, ni haber abandonado nuestros bienes, nuestras tierras y todo cuanto poseíamos en el mundo, sino que tambien hay que renunciar á nuestras propias imperfecciones y á todos los placeres vanos é inútiles, puesto que de ellos habla el apostol cuando dice : *Los deseos vanos y peligrosos son los que hacen caer al hombre en el precipicio* (I. Tim. 6.) Asi que renunciar al demonio y á sus obras es renunciar á lo que acabo de decir. Porque él no entra en nuestro corazon sino por medio de algunos pecados y de algunos malos deseos, puesto que es la fuente de todos los pecados, como Dios lo es de todas las virtudes ; y que asi, si hay pecados en nuestro corazon, cuando se presenta el demonio que es su autor, le hacen sitio como que de él han recibido el ser, y le dan entrada como en una casa que le pertenece. De donde procede que estas personas no podrán estar jamás en paz y reposo, sino que siempre están turbadas, inquietas, y se dejan ya arrastrar por la vana alegría, ya abatir por una inútil tristeza, puesto que ellas tienen en sí mismas un huesped desdichado á quien han dado entrada con sus pasiones y vicios. Por el contrario, el que verdaderamente ha renunciado al mundo, esto es, el que ha arrancado y alejado de su espíritu toda clase de pecados, y no ha dejado ninguna puerta por donde el demonio pueda entrar en él ; el que reprime su cólera, que domina sus movimientos desordenados, que huye la mentira, que aborrece la envidia, que no solamente no maldice sino que ni siquiera quiere tener la menor mala opinion de nadie, y reputa como suyas las prosperidades y aflicciones de su prógimo

y que se conduce de la misma manera en todas las cosas, este abre la puerta de su alma al Espíritu-Santo, el cual, habiendo entrado en él y llenádole de luz, le deja con contento, gozo, caridad, paciencia, dulzura, bondad y con todos los demás frutos que produce este espíritu de consuelo, como nuestro Señor nos lo dá á conocer en el Evangelio con estas palabras : *Un árbol bueno no puede producir malos frutos, ni un árbol malo producirlos buenos ; asi que por los frutos se conocen los árboles* (Matth. 7.).

« Hay algunos que parecen haber renunciado al siglo, los cuales sin embargo no trabajan en purificar su corazon, reformar sus costumbres, corregirse de sus vicios y domar sus pasiones ; sino que todo su cuidado se dirige solamente á ver á algunos de los Santos Padres, para oir de ellos palabras excelentes que refieren en seguida con vanidad gloriándose de haberlas aprendido de esos siervos de Dios ; y si acontece que por este medio adquieran algun pequeño conocimiento de las cosas santas, conciben desprecio de los otros y quieren al instante pasar por doctores, enseñando no lo que han practicado sino lo que han oido decir y han visto. Aspiran tambien á la dignidad del sacerdocio y se esfuerzan en elevarse en el orden eclesiástico, no sabiendo que es menos culpable aquel que, estando adornado de grandes virtudes, no se atreve sin embargo á instruir á nadie, que aquel que, estando bajo el peso de sus pasiones y vicios, pretende dar lecciones de virtud á los demás. Asi que, hijos míos, ni conviene huir enteramente del estado clerical y del sacerdocio, ni buscarlo con ardor, sino que conviene trabajar en corregirnos de nuestros defectos y enriquecernos de virtudes, y dejar á Dios que escoja á los que quiere llamar al sacerdocio ó á otras funciones de su servicio ; porque no son los dignos aquellos que entran en él por sí mismos sino aquellos á quienes Dios gusta de escoger (I. Cor. 10.

« La cosa principal que deben procurar los solitarios es ofrecer á Dios oraciones tan estremadamente puras que su conciencia no pueda reprocharles nada, como nos lo enseña Nuestro Señor en el Evangelio con estas palabras : *Cuando orais, si os acordais que habeis recibido algun disgusto de vuestro hermano, perdonadle de todo corazon, porque si no lo haceis, vuestro Padre que está en el cielo tampoco os perdonará vuestras faltas* (Matth. 6. — Marc. 11.). Si, pues, como ya lo he dicho, nos presentamos delante de Dios, con una conciencia pura y exenta de todos estos defectos y pasiones de que he hablado, podremos ver á Dios, en cuanto puede ser visto en esta vida, y dirigir hacia él en nuestras oraciones el ojo de nuestro entendimiento para contemplar, si no con el cuerpo y con miradas sensibles, á lo menos con el espíritu y por medio de un conocimiento espiritual, á aquel que es invisible. Porque nadie se persuada que pueda contemplar su divina esencia tal cual es en sí misma, y nadie forme por esto en su espíritu alguna imágen que tenga relacion con una figura corporal. Que nadie se imagine forma alguna en Dios, ni límites que le circunscriban ; sino que se le conciba como un puro espíritu, que puede bien dejarse sentir y penetrar las afecciones de nuestras almas, pero no ser comprendido, ser limitado, ó ser representado por palabras ; lo que hace que debamos acercarnos á él con un profundo respeto y un muy gran temor, no considerándole con nuestras miradas interiores sino de una manera tal que nuestra alma sepa que está infinitamente levantado sobre todo esplendor, sobre toda luz, sobre todo brillo y magestad que pueda concebir, aun cuando fuese ella completamente pura y exenta de todas las manchas y lunares de la voluntad corrompida.

« Es necesario que los que hacen profesion de renunciar al siglo y de seguir á Dios, trabajen principalmente en lo que acabo de decir, segun aquella palabra del Salmista :

Aprended y considerad que yo soy el Señor. (Psal. 45). Porque el que le conoce, en cuanto puede un hombre conocerlo, adquirirá en seguida otros conocimientos, y aun de los mayores misterios, puesto que cuanto más pura será su alma tanto más le revelará Dios cosas y le abrirá sus secretos, porque entonces se considerará como amigo suyo y como él considera á aquellos de los cuales dice Nuestro Señor en el Evangelio : *Yo no os llamo ya siervos míos, sino mis amigos* (Joan. 15.) : y así les concederá, como á un amigo que le es muy querido, el efecto de todas sus peticiones. Los ángeles y todos los espíritus bienaventurados que están en el cielo le amarán tambien como que es el amigo de Dios y de su Señor, satisfarán todos sus deseos y de él podrá decirse en verdad : *Que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las potestades ni ninguna otra criatura serán capaces de separarle del amor de Dios, que reside en Jesucristo.* (Rom. 8.).

« Así que, queridos hijos míos, puesto que deseais agradar á Dios y haceros amar de él, trabajad con todas vuestras fuerzas en alejaros de toda suerte de vanidades, de todos los vicios del espíritu y de todas las delicias del cuerpo ; por esto no os imagineis que no haya otras delicias corporales que las de que se goza en el siglo, puesto que los que hacen profesion de vivir en el retiro y la abstinencia, deben tambien colocar en este rango todo lo que usen con sensualidad, por vil que ello sea, y aun cuando los más austeros hayan acostumbrado usarlo. Porque hasta el agua y el pan pueden pasar en aquel que vive en la abstinencia, por delicias condenables, si de ellos usa con sensualidad, esto es, para satisfacer, no ya á la necesidad de su cuerpo, sino al desarreglo de su espíritu.

« Es, pues, necesario que en todas las cosas nos acostumbremos á purificar nuestras almas ; lo que ha hecho decir á Nuestro Señor, para enseñarnos á resistir á los deseos del